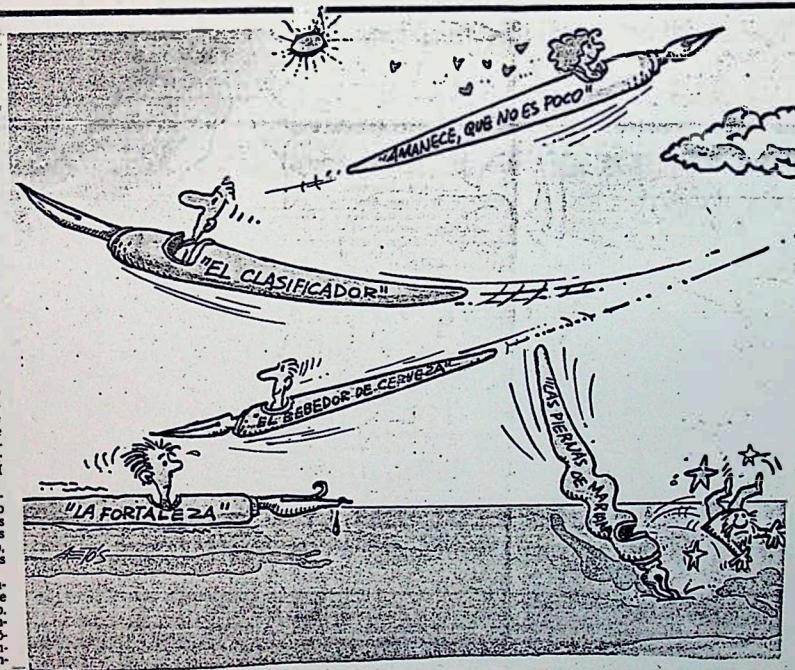
DIARIO EL MERCURIO
28 de Febrero de 1993

El Oro de los Tigres

Por ENRIQUE LAFOURCADE

LA crítica no está entre nuestras costumbres. Ni la propia ni la ajena. Nos irritamos fácilmente. Piel demasiado fina. Creemos que este desacuerdo transforma inmediatamente a quien lo expresa en un enemigo. Los amigos no deberían criticarnos jamás. Si encuentran algo malo en lo que hacemos, algo imperfecto en algo que realizamos, es un ataque a la persona, es un modo de exterminarlo.

Todo esto a raíz de mi última crónica. Los libreros de viejos, furiosos. Enrique Campos Menéndez, dolido.



Un libro tiene que defenderse solo

Mantengo mis impresiones sobre la Feria del Libro Viejo. Una muestra débil al servicio de una idea espléndida. Creo que en sucesivas exhibiciones mis reproches podrían ayudar a mejorar esta iniciativa.

Ahora, en relación con el modo en que examiné la obra "Los Adelantados de la Palabra", de Enrique Campos Menéndez, es posible que me haila dejado llevar por mi daimon en el que conviven el humor blanco y hasta el negro. Si me excedí en algo, pido excusas al escritor.

Otrosí: Campos Menéndez ha escrito excelentes cuentos. Recuerdo en especial "El Misionero" y buenos ensayos y recreaciones novelísticas con una base histórica. Ha servido, además, a la oratoria, a los buenos modales y al idioma español.

Creo que no entendió mi invitación para que nos riéramos juntos de algunos instantes de su libro. Bueno. ¡quién va a aceptar semejante convite! Como yo publicaré en los próximos meses mi novela "Mano Bendita", le otorgo la más amplia licencia para que me devuelva la mano.

Y eso porque creo que un libro, por muy nuestro, por mucha sangre que contenga, por mucho corazón y eso de que es nuestro hijo y de que fue parido con dolor y otras historias parecidas, una vez que se publica no nos pertenece. Lo apartamos con el acto de editarlo.

Es como si le dijéramos: "Ahora, ¡a vivir!". Tendrá que defenderse con sus uñas. ¿Por qué no dejar que el libro hable sin que el escritor actúe como su abogado defensor? Si quería ayudarlo, ¿por qué no lo ayudó antes, cuando estaba escribiéndolo?

Vuelvo a las andadas

Empecemos otra revisión de obras chilenas con "Amanece, que no es poco", de Mili Rodríguez Vilouta. Una novela en muchos respectos notable.

Mili viene de Ecuador, donde vivió en el exilio, y entra taconeando con tacones lejanos, altos, aguja, mientras nos susurra con voz ronca "Piensa en mí" y uno se mete en el libro y no tiene más remedio —por lo menos, al principio— que incorporarse al bolero, y nos dan ganas de llorar y ella, con su voz de humo y terciopelo, como la de Gatica, nos pide "piensa en mí" y el libro corre, se mueve este lenguaje, no existen las palabras, el prodigio ocurre, todo es traslúcido, ¡qué envidia!, y la niña controla cada adjetivo y observa y coloca con precisión de neurocirujano los sustantivos.

¿Y de qué trata?

¿La historia, la anécdota? Bueno, como en el tango, la historia vuelve a repetirse. Ella ama. El la ama. Ella no está segura si él la ama. El se deja amar para estar seguro que la ama un poco. Hay otra mujer. "Piensa en mí" canta Mili. Y, además, como en la mitad de la novela se meten "los invisibles" ¿Para qué los metió Mili? Total, nadie los veía.

Porque cuando las metáforas, las alegorías, las coincidencias, se hacen obvias... Bien pudo haber seguido durante las 130 páginas de esta obra en el juego del uno más uno son tres, en el triángulo de las Bermudas del amor, del amor-sexo y amor-exilio que vuelve y la otra, y el canalla que las ama a las dos, y la cotidiana y encarnizada autodestrucción y eso de que yo soy mejor que tú y tú sólo eres un objeto, un mueble de carne y siempre estará el fantasma y ese estilo de "It's too late, baby".

Me parece que en este trabajo de Mili Rodríguez hay muchísimo que celebrar. Viñamarina, periodista, exiliada (si eso puede ser un oficio), me robó, sin saber que era mío, más mío que de Homero Manzi, el título de mi libro que ya no escribiré "Ya nunca me verás como me vieras" y se lo puso a un gran reportaje-libro sobre los desterrados. Ella está cargada con el verbo. Resplandece en cada frase. Bien, Mili.

Otra novela

Su autor es Jorge Rossi, del que conocimos su poderoso trabajo narrativo "La Fortaleza", una alucinante fantasía de Tarzán, Jane y un chileno, sobreviviendo en París. Esta vez nos entrega "1492". Rossi se formó plámente en la Universidad Católica como profesor de castellano. Desde 1974, vive en París. Se gana la vida como Maitre de Conferences en La Sorbonne.

"La Fortaleza" nos pareció, en su poderoso caos, en su desmesurada extensión, un trabajo de gran interés. No podemos decir lo mismo de éste. Hay, desde la primera línea, un intento de provocar al lector. Se lanza con entusiasmo a la presentación de escenas soeces, con un lenguaje de caricatura. A mí no me ruborizan las situaciones sexuales, ni siquiera las más aberrantes patologías del choque de cuerpos. Pero les pido a quienes recreen este tipo de experiencias, ingenio, humor, sensibilidad, poesía, algo bello, en fin. Aquí es el estallido de las fealdades, los tristes sexos, las soluciones de folletín barato, como el cura sodomita que se ahorca. Rossi no ha perdido su prosa exacta de adjetivos, contadora. Pero el diseño narrativo es modestísimo. El homosexualismo de este trabajo tiene el claro obscuro oleoso y la fealdad miserable de un trabajo de aficionado. (Al homosexualismo y a la literatura). "1492" no descubre nada.

Un contador de cuentos

Juan Mihovilovich nació en Punta Arenas. Publicó "El Clasificador". Su marcha hacia la fama incluye el Premio Pedro de Oña 1980 a su novela "La Ultima Condena", el Premio Cortázar de poesía y otras distinciones. Hoy, presenta sus cuentos. Se trata de una serie de penúltimas nieblas, de advertencias, de segundas escrituras sumergidas. Cortázar está próximo. Ya nadie se acuerda de Cortázar. No figuran sus libros en librerías, las nuevas generaciones parpadean con extrañeza ante su nombre. Sic transit. La prosa de Mihovilovich, su materia prima, es tranquila, directa. No llega a esplendores verbales ni a relampagueos metafóricos; sirve a lo narrado. Tampoco se advierte la huella del abogado (él lo es). Más bien la huella del abogado. Abriéndose paso en un mundo absurdo sus trabajos narrativos llaman más a la reflexión, previo desentrañamiento a cargo de un hermeneuta, que a la alegría sensible frente a la vida que transcurre. Prosa espesa, sin diálogos. Que no deja de interesar. Veo a Mihovilovich en marcha. Pero: "¡Guachi con los símbolos!". La vida es más simple.

El bebedor de cerveza

Así titula su reciente trabajo Antonio Rojas Gómez, periodista, escritor con variados premios como el Pedro de Oña, en 1971. Ha oscilado entre la novela y el cuento. Aquí, se nota a sus anchas en la nouvelle o novela breve o cuento largo, como quieran. "El bebedor de cerveza" funciona. Es decir, dan ganas de beber cerveza. Hay unos desolados protagonistas. La atmósfera total me evocó relatos de Albert Camus, lo que no es poco decir. Juan Pacheco, el que vende la cerveza, imagina al poderoso bebedor. Lo va inventando. Cuando [illegible] 20 y 50 millones de dólares.

... la CEE estudia una medida si [illegible] Se[illegible] que la medida contra las importaciones impuestas por la CEE [illegible] en [illegible] ante las [illegible] mercado del GATT. Esta resolución [illegible] mananas violó normas de libre co[illegible] [illegible] menores teorías de entre [illegible]